

R.L. STEVENSON, "Los portadores de faros",
a Mención pene el oliveto,
Mecenas, Sruelo, 2005 (p. 45-47)

Hacia el final de septiembre, cuando se acercaba la temporada cacolar y las noches ya eran negras, empezábamos a escabullirnos de nuestros respectivos chalés, todos pertrechados de un farol abombado de ojo de buey de hojalata. La cosa era tan conocida que había dejado huella en el comercio de Gran Bretaña, y los tenderos, al cabo del tiempo, empezaron a ornar sus escaparates con nuestro particular tipo de iluminación. Los llevábamos atados a la cintura con un cinturón de críquet, y encima, pues así lo exigía el juego, un abrigo abrochado. Despedían un olor fétido a hojalata quemada; nunca prendían bien, aunque siempre nos quemaban los dedos; su utilidad era inexistente; su disfrute, un mero capricho; y, a pesar de todo eso, un chico con un ojo de buey debajo de su abrigo tenía colmadas todas sus expectativas. Los pescadores usaban faroles en

sus barcos, y fueron ellos, supongo, quienes nos dieron la idea; pero las suyas no eran de ojo de buey, y nosotros nunca jugamos a que éramos pescadores. Los policías los llevaban en los cinturones, y los copiamos descaradamente en eso; pero no fingíamos ser policías. De hecho es probable que los ladrones nos pudieran haber inspirado algunas inquietantes ideas; y no cabe duda de que nos fijamos en épocas pasadas, en las que los faroles eran más corrientes, y en ciertos libros de cuentos en los que vimos que aparecían con mucha frecuencia. Pero, en resumidas cuentas, el placer del asunto era independiente, y nos bastaba con ser un muchacho con un ojo de buey debajo del abrigo.

Quando dos de esos zupencos se encontraban, se producía un ansioso «¿Tienes el farol?» y un satisfecho «¡Sí!». Ése era el santo y seña, por otro lado muy necesario, ya que, como la norma era que no se extendiera nuestra gloria, nadie podía reconocer al portador de un farol, a no ser que fuera (como la mofeta) por el olor. Cuatro o cinco subían a veces al interior de un lugre para diez personas, sólo con los bancos de los remeros por encima de ellos, pues la cabina solía estar cerrada, o elegían un hueco en los arenales sobre el que silbara el viento. Allí se desabrochaban los abrigos y las lentes quedaban al descubierto; y en la inconstante luz trémula, bajo el amplio y ventoso manto de la noche, y animados por un sustancioso vapor de hojalata quemada, aquellos afortunados caballeros se juntaban en cuchillas en la arena fría del arenal o en la sentina sembrada de escumas del barco pesquero y se complacían en sostener conversaciones inadecuadas. Ay de mí si las repitiera; algunas de sus predicciones sobre la vida, o de las profundas disquisiciones sobre los rudimentos del hombre y la naturaleza, eran muy apasionadas y muy inocentes, muy románticamente jóvenes. La conversación, en cualquier caso, sólo era un aderezo, y las propias reuniones no eran sino accidentes en la carrera del portador de un farol. La esencia de esa dicha era caminar solo en la noche negra; la ventanilla cerrada, el abrigo abrochado; que no se filtrara ni un rayo para

guiar tus pasos o para hacer pública tu gloria: un simple pilar de oscuridad en lo oscuro; y, mientras tanto, en lo más profundo de la inmundicia de tu necio corazón, saber que tienes una linterna en el cinturón, y no caber en ti de gozo y cantar porque lo sabes.